

Prólogo

John Blaylock consultó una vez más el reloj. Eran exactamente las tres AM... hora de moverse. El pequeño pueblo de Long Island estaba tan silencioso que pudo oír el cambio de luz al final de la arbolada calle. John guardó de nuevo el reloj en el bolsillo y salió de su escondite entre los arbustos. Se detuvo un instante en el aire fresco y privado de la calle vacía.

La víctima vivía a media manzana. Sus desarrollados sentidos se centraron en la masa negra de la casa, en busca de cualquier centelleo de vida. Kaya Wagner simplemente desaparecería. En un mes se convertiría en una nueva estadística, en uno de los miles de adolescentes que escapan de sus hogares cada año. Kaye tenía buenas razones para escapar. La habían expulsado del Emerson High y, en unos días, ella y su novio Tommy tendrían que presentarse ante un tribunal para ser juzgados por tenencia de cocaína.

Ambos desaparecerían esta noche. Miriam se estaba ocupando del novio.

Mientras caminaba, silencioso e invisible en su conjunto deportivo negro, pensó brevemente en su compañera. La que-

ría como siempre la quería en momentos de tensión. El suyo era un viejo amor, familiar y cómodo.

A las tres y dos minutos se escondió la luna. Ahora, la única iluminación procedía de la farola solitaria que brillaba al final de la manzana. Así lo habían planeado. John empezó a correr, dejando atrás la casa de la víctima y deteniéndose en el extremo más alejado del edificio. No había luz por ninguna parte. Se dirigió hacia el camino de acceso.

Para John, todos los hogares tenían un ambiente, un olor prácticamente emocional. Mientras se acercaba a su silenciosa silueta, decidió que aquella casa no le gustaba. A pesar de todos sus rosales bien cuidados y sus parterres de dalias y pensamientos, era un lugar colérico.

Esta confirmación de la miseria de los Wagner reforzó su decisión. Su mente se centró con mayor intensidad en la tarea que tenía por delante. Cada fase había sido cronometrada minuciosamente. En este nivel de concentración podía oír la respiración del señor y la señora Wagner en su habitación del segundo piso. Se detuvo, centrando su atención con furioso esfuerzo. Ahora podía oír el susurro del brazo de un durmiente sobre las sábanas, los débiles arañazos del escarabajo que escalaba por la pared del dormitorio. Le resultaba difícil mantener una concentración tan intensa durante mucho tiempo. En esto, Miriam y él eran muy diferentes. Ella podía estar siempre concentrada; él, casi nunca.

En cuanto estuvo convencido de que la familia dormía, se dispuso a entrar. A pesar de la oscuridad, pronto localizó la puerta del sótano. Conducía a la habitación de la caldera. Más allá había un cuarto de juegos y el dormitorio de Kaye. Retiró un trozo de cable de piano de un bolsillo escondido bajo su sudadera y forzó la cerradura; a continuación abrió el resorte con el borde de una tarjeta de crédito.

Al abrir la puerta fue recibido por una oleada de aire caliente y rancio. Aquella noche no hacía demasiado frío y la caldera funcionaba al mínimo; el fuego proyectaba una suave luz anaranjada. John cruzó la habitación y accedió al pasillo que se abría al otro lado.

Se quedó helado. Oía una respiración traqueteante, no humana. Su mente analizó el sonido y llegó a la conclusión de que un perro de unos veinticinco kilos dormía al final del pasillo, a unos dos metros de él.

Pero ya no podía hacer nada. Tenía que utilizar el cloroformo. Sacó del bolsillo una bolsa de plástico en la que había un trozo de tela. Al tocarlo, advirtió que estaba frío, empapado del líquido. Como no era tan rápido como Miriam, necesitaba el cloroformo para reducir a sus víctimas. Consciente del peligro al que ahora se enfrentaba, sintió que se le tensaba la garganta.

Su amiga la oscuridad empezó a actuar en su contra; dio un paso adelante, intentando calcular las distancias. Un paso. La respiración del perro cambió. Dos pasos. Oyó un movimiento, el inicio de un gruñido. Tres pasos. Como una explosión, el perro empezó a ladrar.

Por fin lo encontró. Sus dedos se enredaron en el pelaje y la tela empapada de cloroformo se acercó a su hocico.

Hubo un furioso forcejeo, poco silencioso.

—¿Barney?

La voz de Kaye era clara como una campana e irradiaba miedo. John era consciente de lo mucho que estaban empeorando sus posibilidades. La muchacha estaba completamente despierta; podía sentirla mirando en la oscuridad. Por lo general, se habría retirado en este punto, pero esta noche no podía hacerlo. Miriam era una asesina recalcitrante y, en estos momentos, ya debía de haber acabado con su novio. La esencia del engaño consistía en que desaparecieran juntos. De este modo, la policía consideraría que se habían escapado de casa y archivarían el caso entre los expedientes de jóvenes desaparecidos. Si sólo desaparecía uno de ellos habría más sospechas.

En cuanto el perro dejó de forcejear, John siguió adelante. Disponía de unos diez minutos de seguridad. No podía haber nuevas demoras; era esencial un máximo de eficacia.

De pronto, la habitación de Kaye se inundó de luz. Era hermosa. Estaba sentada en la cama con una camisola y su mano todavía tocaba la lamparilla de volantes.

John sintió la luz como el fuego. Se abalanzó sobre la cama, apresurándose a sofocar el grito que sabía que estaba a punto de escapar. Pronto, su mano le cubrió los labios y su brazo la empujó hacia la cama.

Kaye olía ligeramente a colonia y tabaco. John forcejeó con ella. Su cuerpo se sacudía sobre la triste furia de su empeño. Colérico por la intensa resistencia que oponía la joven, le cubrió con ambas manos la boca y la nariz, a la vez que le inmovilizaba los codos con las rodillas.

La habitación estaba en completo silencio. Sólo se oía el sonido de las piernas de Kaye cayendo pesadamente sobre el colchón. John la miró a los ojos, suplicantes y aterrados, intentando calcular el tiempo que permanecerían con vida. Entonces advirtió que la lengua de la muchacha se abalanzaba contra la palma de su mano. Cuidado, no permitas que te muerda.

Los cinco minutos que tardó en asfixiarla se hicieron eternos. John intentaba mantenerse centrado en su trabajo. Si ella lograra escapar... no, no lo permitiría. Al fin y al cabo, contaba con años de práctica. Simplemente, no permitas que tu mente divague ni dejes de apretar... ni siquiera un instante. Esperaba ver aparecer la hemorragia en la parte blanca de sus ojos, signo inequívoco de que había muerto. Kaye respondía de la forma habitual: había adoptado una expresión suplicante y le miraba con desesperación.

Por fin perdió la conciencia y sus ojos se entrecerraron. Hubo una serie de convulsiones frenéticas, mientras el inconsciente intentaba escapar de aquello de lo que no podía escapar la conciencia. Instantes después, los ojos se abrieron de nuevo y pudo ver que la parte blanca había adoptado el tono rosado correcto. La mirada de la muchacha se desvió lentamente hacia la derecha, como si intentara ver el camino. Se hizo un silencio aún más profundo.

Al instante, John apartó las manos del cuello y presionó la oreja contra la cálida suavidad de sus senos para escuchar el último estertor de su corazón.

Perfección. Incluso en el umbral de la muerte, seguía siendo hermosa.

Todos los obstáculos habían sido eliminados. Ahora podía dejar a un lado su férrea disciplina y ceder a sus verdaderos sentimientos, a la cruda verdad de su ansia. Se abalanzó sobre ella, sin oír su propio grito de emoción y sintiendo cómo la muchacha cobraba nueva vida en su interior. La mente de John se despejó como si se hubiera zambullido en agua fría un día sofocante. El entumecimiento que le había estado amenazando desapareció de sus músculos. Sus ojos y sus oídos lo inundaron de impresiones de una intensidad casi sobrenatural.

Empezó a ascender de forma vertiginosa. Como siempre sucedía en estos momentos, en su mente apareció una vívida imagen de Miriam. Podía saborear sus labios, sentir su risa en el corazón. Ansiaba su fría carne; el amor que sentía por ella aumentaba, inundándole de deseo.

Entonces todo acabó. Apenas miró los restos de Kaye Wagner, una criatura oscura y repleta de bultos prácticamente perdida entre las sábanas. Tenía que controlar el tiempo. Obligándose a sí mismo a regresar a la sórdida realidad, depositó el frágil cascarón de la muchacha en una bolsa de plástico negro. Volvió a consultar el reloj. En dos minutos debía estar en el punto de encuentro.

Cogió la cartera de la joven, un cepillo y algunos cosméticos que se diseminaban por el tocador y los metió en la bolsa. También guardó unas bragas, un sujetador y algunos discos de vinilo de 45rpm que se apilaban en el suelo. Se detuvo en el cuarto de baño para hacerse con un cepillo de dientes, laca, más cosméticos, champú y una blusa bastante limpia que encontró colgada de la barra de la cortina de la ducha.

En cincuenta segundos, el coche parecería en la calle. Miriam siempre era puntual. John desandó con premura sus pasos, deteniéndose tan sólo para cerrar con llave la puerta del sótano a sus espaldas, con la ayuda de la cuerda de piano. Avanzó con rapidez por el camino de acceso y esperó escondido entre el cornejo.

Su cuerpo hormigueaba; su conciencia parecía extenderse hacia todos y cada uno de los detalles del mundo que lo rodeaba. Ahora no tenía que hacer ningún esfuerzo para concentrarse. Podía sentir la beatífica presencia del conejo y oír el más débil de los sonidos, como el susurro de un escarabajo o el sonido metálico del motor del coche que estaba aparcado al otro lado de la calle, mientras se enfriaba lentamente. Sobre su cabeza, las estrellas brillaban en miles de colores: verde y amarillo y azul y rojo. La brisa parecía agitar cada hoja por separado. John percibía la aguda y conmovedora belleza de todo lo que le rodeaba. La vida no podía ser más dulce.

Al ver aparecer su coche no pudo más que sonreír. Miriam conducía con la misma cautela que un octogenario ciego. Obsesionada por los accidentes, había escogido el Volvo por sus prestaciones de seguridad y su aspecto inocuo. A pesar de la robustez del vehículo, lo había equipado con un depósito de gasolina de alta resistencia, frenos de camión y un sistema de airbag, además de cinturones de seguridad y un “techo corre-dizo” que era, en realidad, una medida de escape adicional.

Obediente, se acercó al vehículo, arrojó su carga en el asiento trasero y se sentó junto a ella. Por supuesto, no había ninguna posibilidad de que fuera él quien condujera. Miriam no renunciaba jamás al volante, a no ser que fuera absolutamente necesario. Se alegraba de estar de nuevo con ella. Miriam presionó sus fríos y familiares labios contra su mejilla y esbozó una radiante sonrisa de placer y éxito.

Entonces, sin decir nada, se concentró en la carretera. El acceso a la autopista de Long Island se encontraba a dos manzanas de distancia y John sabía que le preocupaba que la policía local los detuviera antes de llegar. Si eso ocurriera, tendrían que responder a ciertas preguntas muy comprometedoras.

Ninguno de los dos habló hasta que llegaron a la rampa. En cuanto accedieron a la autovía, John advirtió que su compañera se relajaba, que el último vestigio de tensión se disolvía.

—Era simplemente hermoso —dijo ella—. Tan fuerte...

John sonrió, ignorando su propia euforia. A pesar de todos estos años, nunca le había gustado matar. A él no le estimulaba, como a Miriam, sino que lo hacía por pura necesidad.

—Supongo que a ti te ha ido bien. —Era una pregunta.

—Como siempre.

Miriam lo miraba fijamente; sus ojos centelleaban como los de una muñeca.

—Me lo pasé bastante bien. El pobre creía que lo estaba violando una mujer —Miriam soltó una risita—. Creo que murió extasiado.

Se estiró con lujuria, antes de preguntar:

—¿Cómo murió Kaye?

John supuso que aquella pregunta era su forma de ofrecerle apoyo, de mostrar interés, pero prefería olvidar aquel acto desagradable y centrarse en la alegría de su recompensa.

—Tuve que usar cloroformo con un perro.

Miriam se acercó a él y lo besó en la mejilla, antes de cogerle de la mano. Era tan perceptiva... Ese breve comentario bastaba para que supiera todo lo que había sucedido, todas las dificultades que había tenido que superar.

—Tarde o temprano, todos acaban igual. Estoy segura de que fuiste muy humano. Probablemente nunca supo qué le estaba pasando.

—Cometí un error. Debería haber anticipado al perro. Eso es lo único que me molesta.

Pero no era cierto. También estaba aquella sensación, extraña pero también recordada. Estaba cansado por primera vez en muchísimo tiempo.

—Es imposible proporcionar una muerte perfecta. Siempre hay sufrimiento.

Sí, eso era cierto. A pesar de todos estos años, seguía sin gustarle infligir sufrimiento. Pero no debería estar tan inquieto. En teoría, cuando se alimentaba se sentía enérgico y vivo.

Debía de ser una fase pasajera. Estaba molesto consigo mismo porque no había anticipado la presencia del perro.

Intentando olvidarlo, volvió la mirada hacia la ventanilla y contempló el exterior.

Hacía una noche espléndida. Siempre había visto una gran verdad en la oscuridad, una especie de alegría, algo que le exculpaba de tanta violencia. Pensar en eso le proporcionó una placentera sensación de justificación.

Las luces de las poblaciones iban y desaparecían. Con el corazón rebosante de amor, John se permitió sentir un ligero placer por el asesinato, hecho que reflejaba que su vida era fundamentalmente feliz.

Antes de que pudiera darse cuenta, había cerrado los ojos. El zumbido del vehículo empezó a mezclarse con las voces del recuerdo, de un recuerdo lejano.

Su ojos se abrieron de golpe. Esto no era normal. Abrió el techo corredizo para que entrara aire fresco. El patrón de sus vidas era excesivamente regular: dormían seis de las veinticuatro horas y el Sueño les sorprendía unas cuatro horas después de alimentarse.

¿Entonces qué era esto?

Medio dormido, navegaba a la deriva hacia una sensación muy placentera. Su mente estaba poseída por una débil reminiscencia, un sueño...

Durante un instante tuvo la impresión de encontrarse en una habitación enorme y fría, iluminada con velas, en cuya chimenea crepitaba el fuego. Se sorprendió. No había vuelto a pensar en la casa ancestral de los Blaylock desde que abandonó Inglaterra. Y, sin embargo, ahora recordaba con claridad su cama, la humedad constante, la grandiosidad, la familiaridad.

En aquel entonces, Miriam era tan hermosa como ahora. Deseaba tocarla, abrazarla, pero no le gustaba que le molestaran mientras conducía.

Recordó los altos ventanales de su habitación, con sus vistas a los páramos del norte de York, donde centelleaban las fogatas de los gitanos al anochecer. Los rostros y las voces del pasado inundaron su conciencia. Somnoliento, contempló el extraño

paisaje moderno que iba dejando atrás el vehículo, las luces infinitas, las casitas estrechas y desaseadas. Qué solo estaba en aquel mundo.

Cerró los ojos y de pronto fue transportado a una tarde húmeda y gris en Hadley. Era una tarde especial... o lo sería en una hora. Se recordó a sí mismo tal y como era entonces, un elegante señor que acababa de pasar dos años en la Universidad Balliol. Se estaba vistiendo para la cena y el criado revoloteaba a su alrededor con las medias, el corbatín y la camisa. Suponía que el invitado sería alguno de esos políticos cadavéricos que conocía su padre y que la velada estaría repleta de conversaciones santurronas sobre el viejo rey perturbado y el libertino regente. A John no le importaban los asuntos de la corte. Estaba mucho más interesado en atormentar a los osos y en soltar a sus sabuesos por el páramo.

Mientras se vestía, un carruaje matraqueó por el camino. Era una carroza imponente, tirada por seis sementales y escoltada por dos lacayos. La librea no le resultaba familiar. Al ver que salía de la carroza una dama vestida de seda blanca, John chasqueó los dedos con impaciencia, esperando su peluca. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que su padre había llevado una prostituta a Hadley. A pesar de sus dolencias y sus frecuentes confusiones, a pesar del bocio y de sus ojos velados, el padre de John conservaba un exquisito gusto por las mujeres. Cada vez que deseaba su compañía, solía buscar entre los límites más decadentes de la aristocracia a una criatura encantadora y físicamente atractiva que tuviera suficientes posesiones para no despertar el interés de su hijo.

Pero solían despertarlo.

—El señor ha salido —canturreó en voz baja mientras Williams le ajustaba el corbatín y rociaba su peluca con un poco de perfume—. Tendremos un día alegre.

—El señor está aquí, señor.

—Lo sé, Williams. Sólo fantaseaba.

—Sí, señor.

—Los preparativos habituales, Williams, si es atractiva.

El hombre dio media vuelta y partió para cumplir con sus obligaciones. Era un buen criado y sabía cuándo no debía responder. Sin embargo, John podía estar seguro de que, con él, los pasillos que separaban el salón de su habitación estarían vacíos de criados a la hora apropiada y que la doncella de la dama no seguiría a su señora.

Es decir, si lograba emborrachar a su padre con brandy suficiente para hacerle olvidar sus planes y aburrirle con juegos de naipes hasta que se quedara dormido.

Sí, de hecho prometía ser una velada interesante. John recorrió la galería que conectaba las dos alas de la casa, pasando bajo el retrato de su madre que su padre insistía en que permaneciera en el exterior de su antiguo dormitorio y sintiendo el frío húmedo de la tarde tras las ventanas.

Las escaleras habían sido iluminadas como si para un baile se tratara, al igual que el vestíbulo principal y el gran comedor. Los criados estaban preparando la enorme mesa para tres comensales. John se preguntó por qué no habría elegido la intimidad del comedor amarillo. Podía oír su voz más allá del vestíbulo, en el gabinete de recepción. Cruzó el vestíbulo y se detuvo mientras la puerta se abría ante él.

Entonces descubrió la razón de tanta fastuosidad. Y supo que ninguna cantidad de brandy desconcertaría esta noche a su padre y que ninguna partida de bezique lo aburría.

No existía ninguna palabra que pudiera describirla.

Ninguna piel podía ser más blanca ni ningunos rasgos tan perfectos. Sus ojos, tan pálidos como la cerámica holandesa, tan diáfanos como el mar, brillaron al mirarlo. Intentó buscar alguna palabra apropiada que decirle, pero sólo pudo sonreír y hacerle una reverencia, y entonces dar un paso adelante.

—Éste es mi hijo, John.

Las palabras de su padre eran tan distantes como una reverberación. Ahora, sólo la mujer importaba.

—Encantado, señora —dijo John, suavemente.

Ella extendió su mano.

—Lady Miriam —anunció su padre. Su tono sólo revelaba un ligero indicio de ironía.

John tomó su fría mano y la presionó contra sus labios, demorándose un instante demasiado largo.

Al levantar la cabeza, advirtió que ella lo estaba mirando, sin sonreír.

Lo sobresaltó tanto la fuerza de aquella mirada que apartó los ojos, confundido.

Su corazón latía con fuerza y su rostro hervía de calor. Intentó ocultar su incomodidad aspirando rapé. Cuando se atrevió a mirarla de nuevo, sus ojos eran joviales y amables, como debían ser los ojos de una mujer.

Entonces, como si quisiera tomarle el pelo, volvió a mirarlo de aquella forma desvergonzada y tempestuosa. Nunca había visto semejante insolencia, ni en las antecocinas más rudimentarias ni en las prostitutas de los barrios más bajos.

Ver algo así en una belleza extraordinaria y, obviamente, delicada, lo hizo vibrar de emoción. Con los ojos entrecerrados, extendió involuntariamente los brazos. Ella parecía estar a punto de hablar, pero sólo deslizó su lengua por los bordes de sus dientes.

Era como si su padre hubiera dejado de existir. Los brazos de John se envolvieron a su alrededor, alrededor de Miriam, por primera vez. El abrazo lo electrizó, lo enfervorizó. Cerró los ojos y se sumergió en su suavidad, apoyando la cabeza en su cuello de alabastro y acariciando su carne salada y láctea con los labios abiertos.

Las risas salieron por su boca como una espada escondida. Levantó la cabeza de golpe, dejando caer los brazos. En sus ojos había algo tan lascivo, tan burlón y triunfante, que su pasión fue reemplazada al instante por el miedo. Había visto aquella mirada en...

Sí, en una pantera que habían exhibido unos indios orientales en los Jardines Vauxhall.

Los ojos inteligentes y furiosos de una pantera.

¿Cómo era posible que unos ojos así fueran tan adorables?

Todo esto había sucedido en apenas un minuto. Durante este tiempo, el padre de John había permanecido paralizado, con las cejas arqueadas y una expresión que iba reflejando una sorpresa cada vez mayor.

—¡Señor! —exclamó por fin—. ¡Por favor, señor!

John tenía que contenerse. Un caballero no podía deshonrarse de tal forma ante su padre.

—No se enfade con él, Lord Hadley —dijo Miriam—. No se imagina cuánto me halaga ser recibida con tanto fervor.

Aunque su voz era suave, llenaba la habitación de una vibrante intensidad. Puede que aquellas palabras no complacieran a su padre, pero impidieron cualquier nueva muestra de desaprobación. El anciano hizo una cortés reverencia y tomó la mano de la dama. Juntos, entraron en el salón y se detuvieron ante la chimenea. John caminaba tras ellos, mostrando de puertas para fuera una actitud respetuosa, aunque por dentro su corazón hervía. Los modos y el porte de aquella mujer eran los más maravillosos que había visto en su vida, mil veces más maravillosos de lo que creía posible. Lady Miriam dejaba a su paso una estela de esencia de rosas. La luz del fuego sonrojaba su piel y su belleza conseguía que aquella estancia húmeda y malsana resplandeciera de luz.

Ante una señal de su padre, un gaitero empezó a tocar en la galería. La melodía era conmovedora, tenía un aire escocés bello y fiero al mismo tiempo. Miriam se giró y levantó la mirada.

—¿Qué instrumento es ése?

—Una gaita —respondió John, antes de que su padre tuviera tiempo de abrir la boca—. Es un instrumento escocés.

—También bretón —espetó su padre—. Es un gaitero bretón. No hay escoceses en Hadley House.

John sabía que no era cierto, pero no quiso contradecirlo.

Comieron un par de urogallos, rancios y amargos, seguidos de cordero, pudín y tarta. John recordaba bien aquella comida por lo mucho que le sorprendió que Miriam no la probara. No tocó ninguno de los platos que dejaron delante de ella, pero

habría sido descortés preguntarle por qué no comía nada. Al final de la cena, el padre de John parecía estar sumido en la consternación pero, cuando Miriam bebió un sorbo de oporto, su rostro se iluminó.

Sin duda alguna, había temido que su aspecto físico le resultara tan desagradable que su invitada rehusara pasar la noche en la casa. Cuando ella bebió, John estuvo a punto de reír a carcajadas al ver cómo sonreía su padre, mostrando su holgada dentadura postiza que hacía parecer que tenía la boca llena de piedras.

Durante la cena, Miriam había mirado un par de veces a John y en ambas ocasiones le había transmitido tanta calidez e invitación que el joven se había sentido muy alentado.

Cuando finalizó la velada, se retiró a su habitación con ansiosa expectación. Despidió a Williams al instante, se quitó toda la ropa y se desembarazó de la peluca. En cuanto estuvo completamente desnudo se acercó a la chimenea para proporcionar un poco de calor a su cuerpo y, entonces, se metió en la cama de un salto. Los criados habían frotado las sábanas con arcilla caliente para que se sintiera más cómodo. Se quedó tumbado con los ojos abiertos, sorprendido y deliciosamente excitado al darse cuenta de que no se había puesto el pijama. En la cómoda que descansaba junto a la tálamo había dejado tres soberanos de oro que centelleaban a la luz de las velas.

Oía el sonido del viento y la lluvia, caliente y seguro bajo las colchas, expectante. Pasaron las horas. Su cuerpo, tenso de excitación, empezaba a dolerle.

Se quedó dormido sin darse cuenta. Despertó de repente, soñando con ella. La habitación ya no estaba en la más absoluta oscuridad. Buscó a tientas por la mesita de noche el reloj y lo abrió. Eran casi las cinco de la madrugada.

No iba a venir. Se incorporó. Sin duda alguna, cualquier prostituta perceptiva habría comprendido el significado de las miradas que se habían intercambiado. Los tres soberanos permanecían en la cómoda. Aquella estúpida no había venido a reclamarlos.

Su padre ya debía de haber terminado con ella. Preparándose para el frío, apartó las mantas y se levantó de la cama. Al ser incapaz de descubrir dónde guardaba Williams su ropa de dormir, se vio obligado a ponerse los calzones y la camisa de la noche anterior. Tras recoger las monedas de oro, corrió hacia el pasillo.

Un fuego brillante ardía en la chimenea de la habitación de invitados. La cama estaba ocupada. John se acercó y le acarició suavemente la mejilla.

Más que ver, sintió que ella sonreía. No estaba confundida ni desconcertada.

—Me preguntaba si vendrías —dijo ella.

—¡Por el amor de Dios! ¡Tendrías que haber venido tú.

Ella rió.

—No podría haber hecho algo así. Pero ya que está aquí, no quiero que se enfríe. —Le indicó que se metiera en la cama. John intentó controlar sus temblores, pero no pudo. Era como acostarse con la hija del lord más importante del reino. Ahora, en ella no había nada de prostituta. Por lo general, esas mujeres eran algo vulgares y tenían una mirada dura, pero ésta era toda inocencia, palpitante pureza... y absoluta lujuria.

Permitió que la desvistiera. Una vez desnuda, tiró de él para que se acercara y le quitó la ropa con gran destreza.

—Ven —dijo ella, levantándose de la cama.

—¿Dónde?

—Junto al fuego.

Abrazados por la cintura, avanzaron hacia la chimenea. La doncella debía de haber avivado el fuego durante la pasada hora, puesto que la habitación estaba caliente.

—Sé sincero —dijo ella—. ¿Soy la primera?

—¿En qué sentido?

—La primera a la que realmente has amado. —Lo tocó prodigiosamente, con la mayor de las desvergüenzas. John descendió la mirada hacia su mano, sorprendido de que un gesto tan simple pudiera proporcionar tanto placer.

—¡Sí! ¡Te amo!

La belleza de su cuerpo perfecto, estilizado y voluptuoso, lo abrumó. Ella acercó su rostro al de él, le pasó los brazos alrededor del cuello y separó los labios. Él la besó, besó su boca entreabierta... y saboreó su aliento amargo e insólitamente frío.

—Regresemos a la cama. —Le cogió de la mano, se detuvo y se separó un poco de él—. Pero antes permíteme que te mire bien —añadió. Sus manos se deslizaron por su pecho, tocaron suavemente su musculoso abdomen y no vacilaron al examinar sus partes más íntimas—. ¿Enfermas con frecuencia? —preguntó.

—¿El sepulcro blanqueado? ¡Por supuesto que no! —Estaba asombrado por su impertinencia. ¿Qué le importaba a ella que tuviera una infección?

—Es una enfermedad que se transmite de un cuerpo a otro —comentó la mujer, distraída. Desvariaba—. Pero no importa. Sentía curiosidad por tu estado general de salud.

—Estoy bastante bien, señora —dijo, acostándose en la cama. Ella lo miró, rió suavemente y empezó a girar por la habitación. Su cuerpo irradiaba la gracia y la belleza de la juventud. John se sentía extasiado, pero cada vez estaba más impaciente.

De pronto, ella saltó sobre la alta cama. Fue un salto tan ágil que casi resultó extraño. Él intentó reír, pero algo en los movimientos de aquella mujer le impidió hacerlo. Mientras se tapaba con la colcha, parecía enfadada.

—No sabes nada del amor —dijo ella, en voz alta. Entonces se acercó a él, acuclillada. Una sonrisa de duendecillo apareció en sus ojos—. ¿Te gustaría aprender?

—Yo diría que sí, pero te estás demorando un poco con la lección.

Sin previo aviso, ella lo agarró con fuerza por las mejillas y lo besó con fiereza. Su lengua se abrió paso entre sus dientes. Él retrocedió sorprendido, pues era tan áspera como una escoba de paja. ¿Cómo era posible que hubiera algo así en una boca humana? Qué sensación tan desagradable. Miró hacia la puerta.

—No temas —dijo ella. Entonces soltó una alegre carcajada que resonó por la gris madrugada.

Aunque John no era supersticioso, en aquel momento recordó los campamentos de gitanos. ¿Acaso aquella mujer era una bruja gitana que había venido a reivindicar la casa Hadley? Ella debió de ver la expresión de su rostro, pues se abalanzó con más fuerza sobre él. Sus manos se deslizaban por su piel, sus cuerpos se tocaban, su rostro aguardaba sus besos.

Y la besó. La besó como nunca había besado a nadie. Cubrió de besos sus labios, sus mejillas y su cuello. Entonces, ella sujetó los pechos entre sus manos y se los ofreció. Hasta entonces, John ignoraba el placer de besar a una mujer en ese lugar. Su corazón se hinchó de alegría. Olvidándose de los gitanos, se perdió en los placeres de la carne. Ella condujo su cabeza hacia abajo hasta que él empezó a besar la más secreta de sus intimidades.

Le sorprendía el placer que sentía. Ella se movía con rápida destreza y, antes de que él pudiera darse cuenta, también estaba siendo besado del mismo modo.

En tan sólo unos minutos, aquella mujer había despertado unos sentimientos que él desconocía por completo. Oleadas de exultante felicidad se extendían por todo su cuerpo. La excitación de su compañera fue en aumento, hasta igualarse con la suya. Ninguna mujer le había hecho sentir tan sorprendentemente competente, tan bueno. Entonces, el humor de ella cambió. Suavemente, con insistencia, avanzó bajo su cuerpo hasta que sus rostros estuvieron de frente. Abrió las piernas, con una mirada solícita. Un gemido que denotaba placer y temor al mismo tiempo escapó de sus labios cuando la penetró. Las manos de ella se aferraron a sus glúteos y empezaron.

John combatió estoicamente, pero su excitación era tan intensa que en tan sólo unos instantes estaba embistiéndola con fuerza y gritando su hermoso nombre, ignorando a los criados que pudieran oírlo, proclamando a gritos su maravilloso y gran amor.

—Cásate conmigo, zorra —jadeó. Los dedos de ella recorrieron lentamente su espalda; las uñas se clavaban en su piel. Su rostro permanecía impasible. Las uñas le hacían daño, pero era incapaz de gritar. Estaba demasiado feliz, demasiado extasiado.

—Lady Miriam, tienes que ser mi esposa.

—No soy ninguna lady.

Él rió.

—¡Tienes que serlo!

En aquel instante se habría casado con ella. Sus almas no se separarían jamás.

Recordó aquellos primeros y salvajes años de amor, su maravilla y su horror, la pura llama de la lujuria. Lo mucho que había ganado y lo mucho que había perdido.

Saquearon la propiedad. Los campesinos huyeron. Las fogatas de los gitanos se consumieron. El antiguo lord se marchitó y también murió. John estaba perdido en ella, perdido y todavía no encontrado. Perdido en el amor que sentía por ella.

Miriam estaba preocupada. La cabeza de John se mecía y tenía la boca entreabierta. Era obvio que estaba adormilado. Para ellos, eso era algo anormal: sólo podían estar despiertos o Dormidos, el profundo trance revitalizador característico de su especie.

John se agitaba inquieto. Eso sólo podía deberse a una razón. Miriam movió la cabeza hacia los lados, negándose a aceptarlo. ¡Era imposible que hubiera ocurrido tan pronto!

Activó la cuarta marcha y aceleró. Las luces centelleaban mientras el coche avanzaba hacia Nueva York.

—Vas demasiado rápido —dijo él, sobre el rugido del viento.

—No hay ningún otro coche en la carretera. —El indicador de velocidad revoloteaba sobre la marca de los ciento treinta. Miriam echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada amarga

y colérica. No podía fallar tan pronto. Lo amaba tanto... su juventud, su frescura. Deslizó la mano entre las de él y sintió que se la apretaba.

—Estabas adormecido, ¿verdad?

Sintió que John la miraba.

—He tenido un sueño.

—¿Como cuando Duermes?

—Una especie de ensueño. Sólo estaba medio dormido. Estaba soñando en cuando nos conocimos.

Ella podría haber gritado de alivio. ¡Un ensueño! Ahora, los gloriosos sentimientos que seguían a la alimentación se reafirmaron en su ser. Los baches de la vieja autovía, la ciudad que se desmoronaba, todo ello revelaba una belleza secreta. En su corazón, la sensación de alivio fue seguida por la del familiar amor, una especie de gratitud por la existencia de la humanidad.

Sus pensamientos se desviaron hacia la pequeña Alice Cavender, a quien pronto transformaría. Cuando llegara el invierno de John (dentro de varios años), Alice estaría llegando a su verano. Mientras él se marchitara, ella florecería y el amor de Miriam pasaría del uno a la otra sin tener aquella agonizante sensación de pérdida que había experimentado en el pasado. Para asegurarse, había buscado un contacto con Alice. Había surgido con rapidez... la calidez de Alice, su aroma, la fiereza de su corazón. Pronto todo acabó y la brillante tormenta se alejó. Un contacto con Alice... qué bien se había sentido. La muchacha lo estaba haciendo muy bien.

Mientras cruzaban Flushing Meadow Park, con el enorme Cementerio Mt. Hebron a la izquierda y la Feria Mundial a la derecha, Miriam observó a John con el máximo de atención posible sin quitar un ojo a la carretera.

—¿Recuerdas el Terrace Club? —preguntó él.

—¿Cómo podría haberlo olvidado? —Fue en el año 1939. En aquel entonces, el Terrace Club se encontraba en la vieja Feria Mundial. Podía visualizar la alegre belleza de sus paredes amarillas y blancas y el esbelto mobiliario de acero inoxidable.

—Allí bailamos.

—Eso no es todo lo que hicimos. —Recordaba perfectamente que John había secuestrado a una muchacha en el lavabo de señoras mientras ella consumía al compañero de la criatura.

Manhattan empezó a aparecer y desaparecer delante de ellos, mientras cruzaban Queens. Qué reciente le resultaba todo aquello. Miriam tenía la impresión de que hacía tan sólo unas semanas, esta zona estaba atestada de constructores, la carretera era de adoquines y el aire transportaba el olor del alquitrán y la madera. En aquella época, la autovía de Long Island no existía y para ir a Ozone Park debían coger un tranvía eléctrico. Tampoco existían los barrios de la periferia. Habían viajado en el tranvía con frecuencia, sentados en sus butacas de juquillo mientras éste chasqueaba, chispeaba y se estremecía, como una balsa de luz en un grande y oscuro océano.

Pronto empezó la procesión de cementerios: Monte Sión, Calvario, Greenacres. Un olor rancio y fresco llenaba el aire.

John conectó la radio y su alegría fue interrumpida por un largo y triste relato narrado por una voz anciana de ninguna parte, por un insomne consumido que compartía sus pérdidas con el presentador del programa.

—Por favor.

—Me gusta.

—Entonces, tus gustos son más extraños de lo que creía.

—Me gusta escuchar a los ancianos. Me recreo con su debilidad.

Eso podía entenderlo. Podía imaginar cómo debía sentirse John al haber derrotado al paso del tiempo. Era un hombre absolutamente perfecto. También ella empezó a disfrutar de aquella voz envejecida que llenaba el aire y que pronto se convirtió en una especie de contrapunto frente al vigor y la juventud de John, haciéndolo más hermoso, más atractivo que nunca.

Cruzó a toda velocidad el Túnel Midtown, apareció en la Tercera Avenida y se dirigió hacia Sutton Place. Su casa estaba en la esquina de un callejón sin salida. Era un edificio pequeño

pero elegante que no revelaba ninguna señal de ser también una fortaleza. Miriam adoraba la sensación de protección que ofrecía. Había derrochado tiempo y dinero en el sistema de seguridad. A medida que la tecnología avanzaba, había aprovechado todas y cada una de las innovaciones y las había incorporado al conjunto. Los maceteros de las ventanas, repletos de petunias, ocultaban un sistema de alarma de microondas. Cada ventana y cada puerta estaba protegida por una barrera electrostática con la potencia necesaria para dejar inconsciente a cualquier intruso. Incluso su cama estaba protegida por un nuevo mecanismo que activaba unas persianas de acero que la rodeaban si alguien se acercaba a ella. En el patio trasero, entre las rosas, había sensores de movimiento capaces de diferenciar el paso de una persona o un animal. Cámaras con lentes que intensificaban la luz observaban el callejón y la zona próxima al garaje, y el ordenador que las controlaba vigilaba las formas humanas que se movían en su campo de acción.

Antaño había un túnel secreto bajo el callejón y el jardín, que conducía a un muelle privado del East River, pero la construcción de la Avenida East Side había cambiado todo eso. Ahora, protegerse era mucho más importante (y sencillo) que escapar.

Detuvo el vehículo, apagó los faros y presionó el botón del salpicadero para cerrar la puerta del garaje a sus espaldas. John salió al instante, dirigiéndose hacia la sala de la caldera para quemar las bolsas en las que descansaban los restos de sus víctimas. Quería hacerlo lo antes posible, para que el humo hubiera desaparecido al amanecer.

Miriam se sentía avergonzada. Había permitido que Alice se quedara sola en la casa durante la noche, quebrantando así sus propias y estrictas reglas. Tendría que decírselo a John para que no hiciera demasiado ruido en la sala de la caldera.

—No despiertes a Alice —dijo.

—No te preocupes. Estoy despierta. —Alice apareció en lo alto de las escaleras que conducían al sótano. Sus ojos, de color gris azulado, observaban a John y las dos bolsas de plástico.

—Quédate ahí —dijo Miriam con rapidez. Alice ignoró la orden y descendió los escalones con gracia felina.

—He soñado contigo —le dijo a Miriam. Sus ojos buscaban más información. Alice había percibido algo extraño en aquel sueño. Miriam le dedicó una sonrisa. Cuando Miriam tocaba, Alice soñaba. Los grandes amores se basan en dichos principios.

—Ya que está aquí, podría ayudarme —espetó John—. Al fin y al cabo, es sólo basura.

Su enfado estaba bastante justificado... y sin embargo, Miriam estaba tan contenta de que Alice estuviera allí que no le importaba.

—De acuerdo —dijo Alice durante el silencio que siguió al comentario de John.

Miriam fue al piso superior. Muy a su pesar, la aspereza de la voz de John le hacía sentir una agradable emoción. Le resultaba más interesante cuando era un poco mezquino. En ocasiones, le provocaba deliberadamente. Suponía que, en parte, ésa era una de las razones por las que había invitado a Alice en una noche prohibida. Eso, y el amor que sentía por aquella muchacha.

John observó a Alice mientras ésta bajaba las escaleras. Le desagradaba su capacidad de seducción, su vigorosa personalidad y, sobre todo, el efecto que causaba en Miriam. Le enfurecía ser consciente de la minúscula medida en la que Miriam le pertenecía. Todos estos sentimientos le hacían desear destruir a Alice, permitir que su cuerpo hiciera su voluntad con ella para deshacerse de su amenaza y aliviar su celos. Por lo menos, esta noche le sería más sencillo resistirse, pues su ansia estaba latente.

—¿Por qué no dejas la basura en el callejón, como el resto de la gente?

La típica pregunta molesta. Era obvio que Miriam no necesitaba la compañía de esta joven. Él era más que suficiente, y ella

le había dicho que estaría con él para siempre. En teoría, un accidente era lo único que podía destruirles. Estuvo a punto de reírse ante aquel pensamiento: esa criatura resentida le sustituiría si él era asesinado.

—¿Por qué no? —repitió la joven. Alice jamás desistía de una pregunta.

—Porque tardan en recogerla —respondió, lanzándole las bolsas—. Sujeta esto mientras preparo el fuego.

Pronto amanecería. No podían quemar las pruebas durante las horas de luz.

—Son tan ligeros...

—¿Qué puedo decirte? Estábamos hambrientos.

Tiró de la palanca que controlaba el conducto de gas de alta presión. Se oyó un chasquido y un rugido y la caja del fogón se llenó de llamas azules.

—Por cierto, ¿qué es eso? ¿Papel?

Le arrebató las bolsas y las metió en la incineradora.

—Considéralo otro de nuestros misterios.

—¿Habéis traído la basura en el coche?

John la miró colérico.

—Fuimos de picnic. No logro imaginar cómo pudiste perdértelo.

Ella sonrió, con demasiada dulzura.

—No me invitasteis. No soy de esas personas que se apuntan sin haber sido invitadas.

—No me había dado cuenta.

—Estoy segura de que Miriam quería que fuera. Probablemente, tú le prohibiste que me lo dijera.

—Lamento defraudarte, pero tu nombre no apareció en sus labios en ningún momento.

—Ella me quiere.

Lo dijo con tanta sencillez y tanta fuerza que John fue incapaz de encontrar una respuesta. Furioso, ignorándola, centró su atención en el fuego.



Miriam se acercó a la mesita de noche y empezó a prepararse para Dormir. Se movía lo más deprisa que podía, sacándose las lentillas que intensificaban el color de sus ojos, retirando el maquillaje que ocultaba su pálida piel y finalmente, desembarazándose de la peluca. Deslizó los dedos por su etérea mata de pelo antes de desaparecer durante unos minutos en la ducha.

Las voces del Sueño reverberaban cada vez con más fuerza.

Cuando salió del cuarto de baño, John estaba sentado a un lado de la cama.

—¿Por qué le has permitido quedarse esta noche?

—Sus padres están fuera.

—Me ha visto quemar los restos.

—Pronto te ayudará. ¿No vas a Dormir? —preguntó, acostándose en la cama

—¡Soy incapaz de imaginar qué quieres hacer con ella!

—Sólo estaba cuidando la casa. ¿No vas a Dormir?

—Estoy completamente despierto.

Miriam intentó ocultar el escalofrío de miedo que causó en su ser aquella afirmación. ¡John tenía que Dormir! Levantó la mano, lo tocó e intentó formular una pregunta, pero su propio Sueño se negó a concederle ni un sólo segundo más. Advirtió que John se agitaba inquieto, pero entonces, un sueño tan vívido como la vida se adueñó de ella. Sentía que estaba reviviendo un recuerdo. Dormía.